

El resultado es un texto informadísimo y de puntilloso procesamiento, que sirve tanto para el estudioso como para el lector de ensayo, y que sólo pudo ser hecho por alguien que reuniera ambas cualidades.

El péndulo de la modernidad. Una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo. Agnes Heller y Ferenc Fehér. Traducción de Carmen Ruiz de Elvira. Península, Barcelona, 1994, 249 páginas

La modernidad, preocupación obsesiva (como deber ser) del matrimonio Heller-Fehér, vuelve al ruedo de sus trabajos. Esta vez para examinar cómo, a partir de 1789, se produce y se reproduce el modelo revolucionario como paradigma del cambio moderno. De este modo, los Grandes Experimentos (Hitler, Stalin, Lon Nol, etc.) no son recurrencias arcaicas dentro de lo moderno, sino su puesta en escena rigurosa y dogmática. Entonces: la modernidad no es una época, ni un núcleo de finalidades a cumplir en la historia, ni siquiera los grandes relatos que explican estructuralmente lo que en ella ocurre con un criterio teleológico, sino que es un movimiento pendular, que oscila entre el despotismo de la razón y el intento de institucionalizar la libertad.

Ante los resultados desazonantes de algunos proyectos modernos (las guerras mundiales, los totalitarismos, la destrucción del medio ambiente, la sumisión y exterminio de pueblos enteros), algunos proclaman la necesidad de destruir la modernidad. Heller y Fehér sostienen, frente a ellos, que no se puede prescindir de la modernidad misma. La caída de los sistemas del Gran Experimento han producido una sensación de retroceso en la calidad de las discusiones, pues de la lucha de clases se ha pasado al enfrentamiento de absolutismos raciales y nacionales, o sea religiosos. Pero no es volviendo a lo premoderno como podemos afrontar los problemas de una modernidad librada a su suerte, sin apoyos trascendentes ni metas aseguradas por la providencia histórica, sino intentando conciliar esperanza y razón, o sea esperando que lo desconocido sea razonable. Para ello hace falta admitir el carácter dialéctico de la modernidad y su constante capacidad de negar y de negarse. Sin un ejercicio racional de la negatividad no hay actividad crítica y se retorna a la fe ciega, es decir a la admisión

de universos mentales cerrados y autosuficientes, como la nación o la raza.

Como es lógico, estas consideraciones involucran relecturas de las principales tendencias del pensamiento político moderno: los marxismos, los liberalismos, el cristianismo social, etc. Pensar modernamente no es considerar un objeto, sino un proceso, intentando que el pensamiento procesal sea también procesal. De ahí la seducción intelectual de este libro, que nos propone y por poco nos obliga a pensar/pensarnos como una historia sin final.

Conocimiento y poder. Norbert Elias. Traducción de Julia Varela. La Piqueta, Madrid, 1994, 231 páginas

Elias (1897-1990) sigue ofreciendo inéditos tras su muerte. Ahora se nos muestran una entrevista y algunos artículos sobre temas puntuales (los sexos en Roma, epistemología de la ciencia, las perplejidades de la sociología). Estas intervenciones monográficas, fugaces, permiten al viejo maestro repasar sus puntos de vista y acotar su sitio en el mundo del conocimiento contemporáneo. Historiador social, Elias fue, también, un antropólogo: su visión del hombre en tanto animal educable está en la insistencia de sus investigaciones históricas acerca de cómo se constituyen las culturas, que son códigos de la subjetivación. En el orden teórico, la tarea ha habilitado a Elias para sustituir el interés del individuo por la consideración del sujeto, y la consideración de leyes históricas, a su vez, por la de procesos comparables entre sociedades diversas.

Elias cuestiona, de tal forma, tanto al individualismo como al *holismo* que somete el proceso social a leyes naturales. Rescata los saberes no científicos y cuestiona el imperialismo de la ciencia como paradigma excluyente del conocimiento. Con ello, el campo de su tarea se ensancha y se enriquece. Tal vez no sea ajena a esta latitud de miras su calidad de judío emigrante, que debió dejar Alemania por Francia y, luego, por Inglaterra, para volver a Alemania tras la guerra y morir en Amsterdam, refugio histórico de los perseguidos por causas religiosas. Entrar y salir es la mejor manera de conocer y conocerse.

Elias, ecléctico alumno de Alfred Weber y Karl Mannheim, vecino pero no miembro de la Escuela de Frankfurt, atento lector no marxista de Marx, nos deja algunos de los textos esenciales para la reflexión histórica de nuestro siglo (*La sociedad cortesana*, *El proceso de la civilización*, *Estudios sobre los alemanes*), sin instaurar ni seguir obediencias escolásticas. En estos artículos se advierte, una vez más, la libertad y laxitud de criterios con los que trabajó en su larga existencia creativa.

La envidia. Carlos Castilla del Pino (compilador). Alianza, Madrid, 1994, 158 páginas

Siguiendo con la publicación de sus seminarios sobre la antropología de la conducta, Castilla del Pino presenta los trabajos reunidos en las sesiones de 1991. La envidia es considerada desde perspectivas muy distintas (etimología, teología, sociología, psicoanálisis, etc.) por el compilador, Silvia Tubert, Reyes Mate, Amelia Valcárcel, Victoria Camps, José Luis Aranguren y Manuel Fraijó.

La envidia es ambivalente: productiva en tanto deseo de lo que no se tiene y que el envidioso identifica gracias a la oportuna aparición del envidiado, y destructiva en tanto inercia del resentimiento, voluntad de rebajar a todos a los niveles de la miseria propia, a veces enmascarada como anhelo de justicia, negatividad igualitaria, despojo del poseedor, falso socialismo. No falta quien impute a Satán la envidia de ser Dios, convertida en el pecado radical y fundacional de la soberbia. En este sentido, el miedo al Diablo impulsó la creatividad humana y Satán se convirtió en el espíritu de la modernidad, el apetito fáustico del hombre que todo lo quiere tener y conocer.

Como agudamente señala Tubert comentando al Unamuno de *Abel Sánchez*, la envidia es inherente a la condición humana en tanto imaginario, o sea en tanto paso del narcisismo primario a la elaboración del mundo simbólico. A través de la imagen captamos al otro, para confundirnos eróticamente con él o para agredirlo envidiosamente. Antes que sujeto constituido, hay envidia, anhelo de saciar la carencia.

De más está señalar la importancia social de la envidia, sea como competitividad productiva o como cainismo destructor. Hay elementos de envidia en la econo-

mía de mercado y en la guerra. Tener lo no tenido, considerar legítimo el apoderarse de lo que el otro tiene, producir lo que vemos fuera de nosotros y codiciamos para nuestro patrimonio, son impulsos que tejen la trama de cualquier sociedad. Todo ello acredita el acierto de organizar una reflexión múltiple y dialogante sobre la envidia como la convocada por Castilla del Pino.

Jean Hugo. Jean Hugo. Traducción de Javier Albiñana. Circe, Barcelona, 1994, 446 páginas

Estas memorias intermitentes de Jean Hugo están enmarcadas por las dos guerras mundiales, pues van de 1914 a 1945. El autor fue soldado en la primera y apenas actuó en la segunda, pero, en cualquier caso, los hechos bélicos sacuden el mundo en que le tocó vivir: la *belle époque* se convierte en el período de los años locos, la Gran Depresión, las dictaduras fascistas y la autoinmolación de Europa.

Lo curioso de este libro, escrito por alguien que fue amigo de escritores pero no escritor de oficio (lo suyo era la pintura: ilustración de libros, decoración de teatro, vestuario) es que parece la novela del hombre feliz, impávido ante un pasado donde no faltan los hechos horribles de dos guerras y el drama de su evolución religiosa, hacia un catolicismo suave y ligero, muy propio de la credulidad popular rural francesa.

Nieto de Víctor Hugo y compañero de empresas de muchos artistas e intelectuales protagónicos de la entreguerra (Picasso, Cocteau, Radiguet, Maritain, Colette, Morand, etc.), a nuestro memorialista le tocan los episodios y las intermitencias de estos personajes. En vano buscaremos observaciones, psicologías o críticas de ese mundo opulento, extravagante, eventualmente genial y ansiosamente creativo, pues todo se filtra por la criba sedante y calmosa del evocador. Anecdótico y fragmentario, el libro sirve de evocación documental de un tiempo y un espacio (la Francia provincial inmutable y la agitada París con su religión esnob de la novedad) al cual se puede acudir en busca de detalles y rincones, pues el centro del escenario permanece vacío, a la espera de que lleguen los protagonistas. Hugo ha pintado, apenas, el telón de fondo.

La estética de lo originario en Jünger. José Luis Molinuevo. Tecnos, Madrid, 1994, 186 páginas

Ernst Jünger ha logrado aproximarse a los cien años a fuerza de arriesgar su vida en la guerra, hacer estallar la subjetividad por medio de la droga y hundirse en el origen anterior al tiempo. Muerte, eternidad y anacronismo le han servido para transitar desde la Alemania de Bismarck a la de Helmuth Kohl.

Molinuevo nos propone analizar las distintas personificaciones jüngerianas, a fin de observar cómo, en cada momento, se ha desmarcado de la sociedad normal para ocupar una heroica y dorada marginalidad. Soldado/trabajador, movilizadado en la guerra y en la paz, anarca solitario, emboscado final que vive consigo mismo en la espesura de una selva densa pero deshabitada, Jünger ha encarnado siempre las excepciones arcaizantes, premodernas, de disenso respecto al mundo burgués y productivo. Se ha imaginado guerrero singular, caballero andante, monje herborista, jefe de bandas utópicas, aventurero legionario al cual la Providencia premia con la longevidad. En cualquier caso, distinto y previo. De ahí su fascinación por el origen, el fundamento intemporal, lo sempiterno.

Molinuevo explora anécdotas biográficas y textos de Jünger, de modo que su ensayo sirva de propedéutica para la lectura del prolífico escritor alemán, a la vez que de guía para aquellos que, interesados en el mundo jüngeriano, se hayan podido extraviar por la multitud de senderos que se entrecruzan en sus libros.

Hanns Eisler. Música de un tiempo que está haciéndose ahora mismo. Albrecht Betz. Traducción de Ángel Fernando Mayo. Tecnos, Madrid, 1994, 274 páginas

Eisler (1898-1962) personifica ejemplarmente la apuesta y el drama del artista revolucionario en un mundo contrarrevolucionario como el de la entreguerra europea. Alumno de Arnold Schönberg, con quien polemizaría acerca de arte y política, militante comunista, anduvo por la URSS de Stalin, por la España de la guerra civil, por diversas ciudades europeas, desde Londres a Praga, hasta emigrar a Estados Unidos en 1938, de donde hubo de volver a salir en 1948, cuando las purgas del maccarthismo. Recaló en la entonces Alemania De-

mocrática, cuyo himno puso en música, hasta un brusco final cardiopático.

Es curioso observar cómo Eisler, a pesar de su duro politicismo (en parte suavizado en sus colaboraciones con T. W. Adorno sobre la música en el cine), trabajó insistentemente para la más capitalista de las industrias, la cinematográfica. Aparte de otras incursiones en el espectáculo *comprometido* (notoriamente con Piscator y Brecht), sus aportes al sonoro fueron una constante de su obra.

Eisler pensó que la música reflejaba la descomposición del mundo burgués, y que había caído en el aislamiento porque no se dirigía al proletariado y la burguesía no se interesaba por ella, ya que demandaba un arte entretenido. La solución estaba en crear, con el lenguaje de la vanguardia dodecafónica, un arte obrero y revolucionario, que fuera adoptado por las masas trabajadoras.

Las cosas no daban para tanto: ni el proletariado era revolucionario ni el arte de vanguardia se hizo para las masas. A la vuelta de los años, muchas experimentaciones han sido digeridas por la cultura industrial, y el capitalismo, lejos de descomponerse, se ha transformado con mayor sensibilidad histórica que sus enemigos.

Un arte puede estar comprometido con una revolución. Pero las revoluciones pasan y el arte insiste. En este enigma debió sumirse a menudo Eisler, como lo prueba el minucioso itinerario biográfico y productivo que Betz traza de su biografiado. Hoy no existen el Komintern, ni la DDR (Alemania Oriental), ni el Frente Popular, ni siquiera la comisión Mac Carthy. Pero seguimos disfrutando de las fábulas puestas en música por Eisler: filmes de Renoir, de Ivens, de Feyder, restos de un mundo desaparecido que perdura gracias a las ocurrencias de unos cuantos artistas.

Carl von Clausewitz: guerra, política y filosofía. José Fernández Vega. Almagesto, Buenos Aires, 1994, 118 páginas

Sobre Clausewitz han llovido ríos de tinta y de sangre: no hay más remedio, tratándose de un filósofo de guerra, oficial de batallas perdidas, a ratos. Un alemán opulento de meditaciones y parvo de realidades. Fernández Vega, apoyándose en seguros modelos (las relecturas modernas de Peter Paret y Raymond Aron) intenta, con convicción y don de síntesis, visitar a Clausewitz,